

Conversación con Saúl Rosales:

norte de la geografía literaria lagunera.

J. Edgar Salinas Uribe

José Edgar Salinas Uribe
(Buenavista, Michoacán, 1974) Licenciado en Filosofía y estudios de Maestría en Desarrollo Regional y Gobernabilidad. Es director de las revistas *BuenaVal* y *Acequias*.
edgar.salinas@lag.uia.mx

El Teatro Isauro Martínez, ya lo dijo Sara Sefcovich en Deseando Amar, es uno de los más bellos de México. Una construcción de abigarrada combinación de art déco y morisco cuyo decorado interior es quizá el máximo ejemplo de pintura simbolista del país, obra de Salvador Tarazona. Dentro de sus oficinas se encuentra Saúl Rosales Carrillo, escritor imprescindible para comprender el espíritu de lo que podríamos denominar literatura lagunera. Si, como ha dicho Jaime Muñoz, la Comarca Lagunera ya ha gestado relatos cuya calidad literaria le merecen la atención necesaria para ubicarla en el mapa del panorama literario nacional, encontramos en Saúl Rosales Carrillo a su norte geográfico. Recientemente nombrado miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, Saúl continúa desarrollando su obra literaria al tiempo que ofrece clases para alumnos universitarios y coordina talleres literarios. A la caza de referentes que permitan situar el presente de la literatura que se escribe en la Comarca Lagunera, entrevistamos al autor de, entre otros, Autorretrato con Rulfo, Huellas de La Laguna, Vestigios de Eros y Transparencia Cotidiana. Aquí fragmentos de la conversación.

En su más reciente libro, Sergio Antonio Corona Páez dibuja la identidad lagunera como

producto de un constructo tejido en la lentitud de cuatro siglos, en este sentido ¿cuál ha sido el derrotero de lo que tal vez podríamos llamar literatura lagunera?

Quizá los orígenes podríamos remontarlos a la década de los treinta, en los que aparecen personalidades aisladas con una obra aislada y ahora casi olvidada. Es el caso de Rafael del Río, Magdalena Mondragón y Enriqueta Ochoa. Sin embargo, hay un momento en que la literatura nuestra empieza a aparecer como una literatura comarcana, se publica con mayor conciencia de que nos interesa la literatura y no sólo la expresión personal, íntima, el afán de publicar un libro sino una conciencia de mayor compromiso con la literatura y es a partir de ese momento cuando creo que los escritores nos pensamos laguneros.

Está de por medio el hecho de que en general nos pensamos como laguneros, insisto nos pensamos, no necesariamente actuamos como tales. Los escritores nos pensamos laguneros porque para empezar está ese momento importante de la literatura lagunera que es el Taller Literario de La Laguna (Talitla) en las décadas de los setentas y los ochentas que funcionaba como tal: se reunía en la Casa de la Cultura de Torreón y en la de Gómez Palacio

alternativamente. Eso fue prefigurando la conciencia de estarse pensando como autores que pertenecen a una comarca y no a una ciudad. Quién sabe qué tanto lo revele esto la propia literatura. Tanto en textos míos como en la obra, por ejemplo, de Jaime Muñoz, los personajes suelen desplazarse en esta región. Hay una intención de contribuir a la identidad comarcana y está en nuestra mente este pensarnos comarcanos.

¿Le resta proyección nacional a la literatura que aquí se hace cuando se insiste en lo comarcano?

El ubicar geográficamente los personajes en un espacio delimitado no le resta ni le añade nada, pensemos en *La región más transparente* de Fuentes, el *Dublín* de Joyce, el *Brewer* de Updike. Lo valioso de que se consiguiera esta presencia de lo comarcano en la literatura sería contribuir precisamente a la conformación de una identidad. Recordemos que la literatura facilita la caracterización regional, y lo que nos pertenece inmediatamente nos merece más atención.

Da la impresión de que una incipiente historia literaria de La Laguna podría diferenciar dos etapas: una previa a la década de los ochenta y aquella dinamizada por el grupo Botella al Mar, ¿es así?

Sí, pienso que sí, sobre todo si vemos la producción cuantitativa; antes era aislada, pero a partir de la década de los ochenta surge esta generación. Del Talitla surgen Francisco Amparán y Marco Antonio Jiménez; del grupo Botella al Mar Jaime Muñoz, Gilberto Prado, Pablo Arredondo, Gerardo García Muñoz y hay ya una generación que se sigue conformando donde destacan Edgar Valencia, Vicente Rodríguez, José Lupe González, Carlos Velázquez. Hay poca distancia entre el grupo de Botella al Mar y la aparición de los escritores formados en el taller de literatura del Teatro Isauro Martínez, en el de la Ibero. Con el tiempo la historia literaria los organizará como generación, sobre todo a partir de los ochenta cuando ya apareció un movimiento literario.



El hecho de situar el punto de inflexión en los ochenta nos remite a tu presencia e influencia; a principios de esa década regresas a Torreón:

Por 1983 yo me hice cargo del suplemento cultural de *La Opinión* y empecé a publicar textos de autores latinoamericanos. Los reproducía de sus libros. A través de los miles de ejemplares del diario, o más bien de su suplemento dominical, llegaban a la gente las voces de Borges, Carpentier, Rulfo, Yáñez. Además se fue conformando una conciencia de que la literatura era algo valioso, algo digno de tomar en cuenta. El suplemento de *La Opinión* generó receptividad para la literatura en términos masivos.

Como observador externo al movimiento que has señalado distingo dos elementos comunes para comprender la formación de este movimiento: el gusto por los escritores del Boom y tu presencia. ¿Cómo se tejieron estos dos elementos?

En el suplemento cultural de *La Opinión* publicábamos a los del boom transcribiendo fragmentos o partes de sus obras. Yo venía con el espíritu del latinoamericanismo concientemente aceptado y quería respirar aquí esa atmósfera. Creo en la literatura latinoamericana y siento un gran amor por el español, que es idioma. En cierto sentido impuse autores latinoamericanos. Los muchachos de Botella al Mar eran inteligentes y se dieron cuenta de eso. La razón es que la lengua que manejamos es el español y para nuestra carrera de escritores es mejor leer a autores nuestros, si manejamos traducciones perdemos riqueza debido a las necesidades de la traducción. No implicaba que se omitieran a otros autores. Por ejemplo el Ulises lo impuse como una lectura que no debía faltar, una lectura ineludible. También la lectura de Mann, Kafka, Gorki, Proust, Sartre.

¿Y las escritoras laguneras?

En la historia de la literatura lagunera se va a resaltar la presencia femenina como germen inicial, Enriqueta Ochoa, Magdalena Mondragón, y alguna otra que en este

momento se me escapa, aunque se puede añadir a Magda Briones. Después de ellas ha sido menos vigorosa la creación literaria de las mujeres, aunque hay casos que resaltan si usamos los premios como referencia, allí están Lidia Acevedo, Magda Madero. Lo que pasa es que las mujeres han tomado con menos dedicación la literatura, sin embargo hay una buena cantidad de ellas que escriben pero no todas se atreven a intentar construir una personalidad literaria, que les digan escritoras por su obra: Se contentan con publicar en antologías (aunque hay prevaricación del término porque una antología supone calidad y no agrupación). No se preocupan por ser autoras de una obra valiosa por el cuidado, el amor y la disciplina que se le haya dedicado; por el compromiso con la literatura. No, en general tratan de «volcar» emociones... y no de escribir con compromiso con la literatura. Esto es lamentable porque hay mucho potencial en varias de ellas. Y de lo que se trata es de crear obra para constituir una personalidad literaria, ser reconocidos como escritores, no como profesionistas que también escriben.

Parece que la frontera dibujada por los escritores del crack con respecto a los del boom y optar por escribir de otros temas, ocurre ahora entre los jóvenes escritores de La Laguna: sus gustos están más allá del boom

Sí, creo que así es. Los jóvenes tienen una preferencia legítima por autores que no son de lengua española, aunque se pierden como lectores de obras maravillosas. No puede uno dejar de leer *Pedro Páramo*, *Al filo del agua*, *Los pasos perdidos*, *Yo el supremo...* hacerlo es una pérdida espiritual. La exploración en autores no latinoamericanos ayuda a encontrar estímulos temáticos pero no la riqueza verbal que se puede encontrar en autores de nuestra propia lengua. Algunos jóvenes del taller del TIM hablan más de autores norteamericanos, la vuelta al coloniaje. Su universo es Bukowski. El magnetismo por este autor

lo supongo en el lenguaje rudo y en sus exploraciones de lo más podrido que podemos alcanzar como seres humanos; yo creo que será una etapa de su formación como escritores, ya maduros se darán cuenta de que el universo literario es más amplio y que no es nada desdeñable el propio, digamos que ellos prefieren vivir en una casa ajena aunque en la propia tengan exhuberancia.

Entre los de *Botella al Mar* afortunadamente logré llamar la atención sobre autores maravillosos como Agustín Yáñez, que es una riqueza literaria de un magnetismo más integral; no porque habla de temas mexicanos sino por la habilidad para manejar situaciones, el dominio del habla, de la lengua española, la capacidad para construir personajes. Yo promuevo, por otra parte, la lectura de Joyce porque es el maestro de cómo narrar y, bueno, lees a los del crack y digamos son originales y selectos pero oyes al narrador con los ecos de Borges, para mí son muy notorias en ellos, en general, la sintaxis, la adjetivación y la estructuración de Borges. Es paradójico.

Una sonrisa se asoma bajo el blanquecino bigote de Saúl cuando afirma esto último. También se asoma la noche y las primeras estrellas llaman a concluir la entrevista, pero seguimos platicando mientras avanzamos hacia la salida del Teatro; el rojo del semáforo detiene los autos que vienen sobre la calle Matamoros, yo la cruzo mientras Saúl se va por la Galeana. (A)

